

habitación \$ 120; combustible y luz \$ 45; vestuario \$ 90 y varios \$ 75. Dentro de cada grupo se señaló a cada expensa una ponderación, de acuerdo con una encuesta efectuada al respecto.

Por falta de datos anteriores, se tomó como base el mes de Marzo de 1928.

El índice total señala para el costo de la vida en Santiago un alza casi constante hasta Noviembre, en que alcanza un máximo de 116,7, para bajar rápidamente en Diciembre y Enero, mes en que asciende a 102,8, acercándose, por consiguiente, sensiblemente al mes base.

La alimentación señala un máximo en Noviembre, con 136,3, para bajar en Enero de 1929 a 105,3.—CARLOS KELLER R.

<https://doi.org/10.29393/At52-10VPCA10010>

Vidas de poetas: Baudelaire

SASTAGO de un padre viejo y de una madre demasiado joven, Chales Baudelaire fué un sér delicado, cuyo físico tuvo influencia decisiva en su obra espiritual. Tal es la fuente carnal de una personalidad que resalta en el mundo literario y de la cual se puede decir que no pertenece a su raza ni a su época, sino que es un producto sin raíces en la tierra ni en el tiempo, pero cuya voz cobró acentos de eternidad. Baudelaire está al margen de las categorías, de las escuelas o de las familias intelectuales; escapa al análisis que pretenda asignarle un sitio numerado y clasificado. Sin embargo, nada de más preciso, de mejor burilado y de más mordaz, como corroído al agua fuerte, que su rostro y su pensamiento.

El poeta venía de la clase media, de esa burguesía de los alrededores de 1830, cuya vecindad con el siglo XVIII de Francia la había hecho amanerada y encantadora, como aquella época romántica en que, aún no destronado Chateaubriand, Musset se embriagaba de claro de luna; «ce cochon de Musset», como Baudelaire, despreocupado y bohemio, dijo del poeta pulcro y dandy.

De su padre heredó cierto rebuscamiento de maneras, que se hacía notable cuando Baudelaire entraba a una habitación, acto al cual daba la importancia de un verdadero protocolo,

del que no se apartaba nunca, y que abundaba en galanterías y genuflexiones corteses. Tanto daba que el sitio fuera una morada respetable o un modesto café.

Mas lo que influyó soberanamente en la formación del temperamento del poeta fué su madre. En la entraña sufriente de esta mujer bonita, que se vió obligada a casarse con un anciano, se formó la larva poética que debía dar tan amargos y soberanos acentos. El drama íntimo de aquella pareja sin amor se reflejó en la organización nerviosa del futuro poeta, y acaso no son más que trasuntos de aquella tragedia materna, la áspera voluptuosidad de su poesía y aquellos estallidos de sensualidad imaginativa que parecían ser la revancha de la progenitora en la carne dolorosa del hijo.

Baudelaire no conoció la miseria en la niñez; y hasta supo de cierto esplendor reflejo, cuando su padre fué ayo de la familia Choiseul-Praslin. Pero el buen viejo falleció cuando el pequeño Carlos sólo contaba seis años. Llegó la liberación de su madre, Carolina Archimbault-Dufaye, y pronto la viuda joven y bonita tomó su desquite con la vida casando con el Sr. Aupick, futuro Embajador, militar de buena figura y de excelente situación. El nuevo estado de su madre repercutió dolorosamente en el corazón del hijo. Mientras ella permaneció viuda, desbordó toda su ternura, tanto tiempo prisionera de una unión sin afectos sobre aquel niño, carne de su carne. Viven días de una dicha apasionada; se pasan juntos todos los instantes; no existen sino el uno para el otro. Se comprenderá la crisis horrible que hace en el temperamento pasional del muchacho — que será después la magia de su arte — el amor de la madre por su nuevo marido. Orgullosa, loco de rabia y de celos, el pequeño Baudelaire se aísla, devora en silencio su amargura y no quiere saber nada del mundo y de la vida. En su alma infantil se va formando un sedimento de odio para con el intruso, que Baudelaire no borrará nunca de su alma. Aupick encuentra cerrado el corazón del hijastro para toda aproximación. Aún en el liceo el futuro poeta no se inclina a sus estudios, sino que persiste en recogerse en su desesperación solitaria. Se transforma así en el agua-fiestas, en el obstáculo de la felicidad que une a los esposos.

Los camaradas del joven se sienten extrañados de ese muchacho pálido y orgulloso, que oculta la generosidad de su espíritu y quiere aparecer malo e inabordable. No tiene amigos ni los busca. Sin embargo, entre sus compañeros, Luis Ménard confiesa la curiosidad que Baudelaire le inspira y Emilio Deschanel admira sus primeros versos. Ménard resume sus impresiones medio siglo después, diciendo:

Imperioso, sí, lo era y desagradable, con verdadero prurito de parecerlo aún más. Aquel niño tan cuidadoso de su persona parecía no tener otra preocupación que el cuidado de sus uñas. Mas, cuando nos declaraba: «Yo soy poeta», sentíamos que hacía en esos momentos una declaración trascendental.

* * *

No se aviene nunca con el padrastro que, a pesar de su fracaso en conquistar al joven, procede siempre bien con él. Sobreviene la ruptura, y cuando Carlos Baudelaire cumple veinte años, Aupick se da cuenta de que ya nada queda por tentar; se rebela a la menor palabra; es irreductible. Es entonces cuando lo envían a viajar en el brick del capitán Saur que hará un crucero por los mares del Oriente, con el propósito de que el cambio de ambiente le despierte deseos de trabajar o de escoger una carrera.

A bordo, el joven viajero transido de rencor guarda un mutismo casi completo; no demuestra curiosidad ninguna y sí desdén por sus compañeros de ruta marinera. Corta al nacer toda tentativa de aproximación o de simpatía que hacen los marinos o los pasajeros del brick. Cuando llegan a la isla Mauricio sufre de todo: del clima, del paisaje, del brillo de la naturaleza; se enferma de fiebres, y se aburre a morir, a rabiar, con desesperación. Es hijo apasionado de París, la ciudad que amará siempre en las peores épocas de su vida; y se siente transplantado y nostálgico sobre aquellos mares de clima y de color rabiosos; su alma se asfixia lejos de Occidente. El capitán Saur llega a alarmarse y trata de repatriarlo a toda prisa.

Tan poco grato fué este viaje para Baudelaire que, mucho después, interrogado por Leconte de Lisle por sus impresiones de la isla de Borbón, de donde éste era originario y de la cual conservaba una dulce memoria, aquél le contestó con acritud:

No he puesto jamás el pie en tu jaula de mosquitos, en tu percha de cacatúas. Ví desde lejos palmas, palmas, palmas; azul, azul, azul...

Palabras que hirieron profundamente a Leconte de Lisle. Vuelto de las islas, Baudelaire cumple la mayoría de edad, sus veintiún años, recibe su herencia paterna, nada despreciable, y queda libre. Sin pesar alguno, se aparta del matrimonio Aupick y no ve a su madre más que de vez en cuando y ocultamente. Pasan algunos años en que el dinero no falta. Pero tiene la mano dispendiosa, y los recursos hereditarios se

le van por entre los dedos. Comienza su destino azaroso y contradictorio que atormentará sus nervios hasta la exasperación.

Atraviesa por su vida una mujer y la retendrá para siempre. Es Juana Duval, musa bárbara, criatura de ocio y de sensualidad, de pereza tórrida como la que flota en la tierra y en el mar de las islas lejanas donde nació. Esta mulata tiene los ojos inmensos, de una estupidez casi animal. La conoce en el teatro, sobre la escena, y el poeta se siente arrebatado por aquella hoguera carnal. Toda la vida arrastrará esta cruz de sensualismo febril en cuya carne morena cree ver reflejado el enigma de las tierras venenosas que conoció a bordo del brick, y de las cuales sólo retiene el misterioso embrujamiento. Juana Duval viene a ser para Baudelaire el infierno y el paraíso en la misma medida, y la tigresa bruna marcará con su garra toda su obra poética. He aquí la musa atroz de las *Flores del mal*.

Sin perder su orgullosa apostura, el poeta conoce los más terribles apuros económicos; él, que fué atildado en el vestir, comienza a abandonarse y a beber. Láudano, opio, alcohol fino o grosero, significan lo mismo para calmar su sed de ensueño y de olvido que le reseca la garganta y fustiga su pensamiento. En esta caída perpetua, en esta ola de fango, de sordidez y de sombra, de fiebre y de lujuria, su espíritu, sin embargo, se remonta a una creación poética de arquitectura maravillosa y de música sobrehumana.

A través de los mares, Baudelaire encuentra un alma hermana: es Edgar Poe; como él dipsómano de alcohol y de drogas, inadaptado al medio social, casi al borde de la insania, al margen del buen sentido burgués, con el cerebro hirviente de alucinaciones geniales y de polifonías maravillosas, y el corazón atormentado por los siete puñales de la angustia y roído por la sierpe del desequilibrio interior. Baudelaire lee los *Cuentos Extraordinarios* del estupendo yankee en la propia lengua, el inglés, que ha aprendido de su madre, educada en Inglaterra.

La vida íntima del poeta no sabe más de holgura ni tranquilidad. A pesar del desarreglo de su vida, conserva algunos amigos: Banville, Gautier, el pintor Daumier, algunos críticos y escritores; pero ninguno de ellos puede alardear de conocerle bien, ni de medir en su justo valor el don que como un fuego brutal devora el espíritu de este casi ridículo y casi terrible semi bohemio, con afectaciones de lord descarriado. Este aristócrata del verbo cambia con su mulata injurias atro-

ces. Tiene la manía de cambiar de residencia, como en la conversación de cambiar de tema, en forma de hacer perder la cabeza a sus oyentes.

Juana Duval haría pintoresca su bohemia, si no la tiñera de tragedia rabiosa. Usa telas de colores chillones en su vestimenta, compradas al lance, y que lleva sin otra ropa interior. En la casa gusta andar a pie desnudo, con la enorme cabellera suelta. En el pequeño cuarto, con olor de humedad, ella es para el feroz imaginativo la inmensidad del cielo sobre el mar, las palmas balanceadas por la brisa caliente; y el enervamiento y el horror de los excesos en que ella lo sumerge.

* * *

Su madre, viuda por segunda vez, sueña en retener al hijo que no ha dejado de adorar. Amuebla para él una alcoba con bellos y preciosos grabados, paga las deudas del hijo mil veces pródigo, pero no logra conquistar un temperamento que está al margen de las costumbres y de las leyes. La miseria será la novia eterna del poeta y lo retendrá en sus brazos ásperos toda la vida. Publica las *Flores del mal* y sólo obtiene una pequeña suma; ni siquiera el bullado proceso que origina el libro entona la venta. Para vivir, Baudelaire hace traducciones, publica crónicas de arte de un acierto admirable; trabaja intelectualmente con empeño, en géneros que muchas veces le son odiosos. Mas siempre el fracaso económico que hinca la garra y no le soltará más. Su editor más fiel, el de sus primeros poemas, le falla envuelto en una quiebra.

Siempre cambiando de morada, su habitación es cada vez más sórdida y más estrecha. La musa mulata, con sus ropas chillonas, provoca las burlas de los chiquillos de los barrios modestos. Por aquella época, encuentra un grato refugio en el salón literario de Madame Sabatier, la Presidenta, como él la llama, y donde conoce a Musset. La Presidenta acoge bien a Baudelaire que le demuestra simpatía. Ella se encocora de sentir la adhesión de un hombre de escándalos, de un monstruo poético que le cuenta, como un secreto, que guarda cadáveres bajo su lecho...

Baudelaire sufre de insomnio, que no lo abandonará hasta la muerte,

Durant ces longues nuits d'où le sommeil est banni.

Siente la atracción de la sombra y del rumor del agua. Así busca siempre para vivir las proximidades del Sena y las calles

sombrías, como si tuviera sed de frescor para su insomnio febril. Tal vez el insomnio es la sola amante que le haya realmente querido, y es así cómo a través de sus aventuras reales o imaginativas, en su vida y en su obra, no hallamos otra que en el paroxismo que sacudió a Baudelaire, y que fué su nervio creador, lo haya hecho compartir sus sensaciones y sus sentimientos. La mulata lo desdeña y lo engaña, y su apego a la Sabatier no fué precisamente una pasión.

De ahí su desequilibrio interior en que, a pesar de su vida lamentable, el poder del genio hace brotar la chispa divina de sus revuelos hacia la luz y la creación. ¿No ha sido siempre la fuerza del arte el esfuerzo de adaptación de los inadaptados, el desconsuelo profundo de una incurable crisis interior, contra la cual, en los elegidos, se revela la conciencia con acentos supremos:

La poesía de Baudelaire es eso: producto morboso y extraordinario como una flor bellamente monstruosa.—CARLOS ACUÑA.

El hombre de genio y las condiciones económicas

MAS investigaciones literarias e históricas acerca del hombre de genio son numerosas y parece que en este dominio se han agotado ya los argumentos. Los que han estudiado este problema se han encontrado con cuatro teorías: la de Carlyle, la de Spencer, la de Lombroso y la de Tarde, y, ante la dificultad y complejidad de la cuestión, han optado por refugiarse en alguna de ellas o en una alianza juiciosa de unas y otras. En realidad, era difícil elegir. Los unos, impresionados por el papel de los grandes hombres (Napoleón, Lenin), han seguido los extravíos de Carlyle, afirmando que la historia universal no es sino la historia de los genios, a los cuales se debe todo progreso y toda gran obra humana. Los otros, imbuídos de ideas sociológicas, se han declarado partidarios de Spencer, proclamando que el hombre ilustre es un producto entero y exclusivo del medio social que lo moldea y lo hace a su imagen. Igualmente, hay defensores de la teoría patológica de Lombroso, que afirmó que el genio se asemeja mucho a la locura y que constituye una forma especial de la degeneración. Y, por fin, muchos siguen las concepciones de Tarde, que dió una ingeniosa apariencia sociológica a la teoría de Carlyle. El bri-